

ñones habían sido cogidos por el enemigo ó abandonados. Napoleón reunió todos los oficiales de caballería que poseían aún su montura, los cuales ascendían á unos 500, formando con ellos *el escuadrón sagrado*, en el que los generales servían con el empleo de capitán, y cuyo mando dió á Grouchy y Sebastiani, emprendiendo de nuevo su marcha por los bosques. El día 24 se le reunieron Víctor, Dombrowski y Oudinot, quienes le esperaban cerca del Beresina llevándole otras fuerzas, que, aunque reducidas sin duda en número, conservaban su organización.

No por esto era menos desesperada la situación, pareciendo que en este gran desastre no se salvaría siquiera el honor militar, que tantos esfuerzos y sufrimientos resultarían inútiles y que sería preciso capitular. Pero Napoleón recobró de nuevo su genio, y con admirable y certero golpe de vista decidió pasar el Beresina por encima de Borisof, y por indicaciones del general Corvineau escogió para ello el puente de Stoudianka.

Para engañar á Tchitchagof, durante todo el día 24 se realizaron diferentes operaciones en Oukoholda. Lo apacible del tiempo vino á constituir en esta situación una desgracia más, pues produjo el deshielo cuando hubiera sido sumamente útil un intenso frío. El Beresina no podía, pues, atravesarse por encima del hielo, mientras que grandes témpanos flotantes impedían pasarlo á nado, al propio tiempo que la crecida ocasionada por el deshielo de la nieve había destruído los vados; pero la admirable disciplina de los pontoneros del general Eblé, de los zapadores del general Dode y de los artilleros del general Aubry, secundados por soldados de diferentes armas, salvaron al ejército (1). El general Eblé llegó con sus pontoneros el día 25; llevaba consigo, como hemos dicho, el material para un puente de caba-

(1) No tratamos aquí de rebajar en lo más mínimo el mérito de los pontoneros, sino el de asociar á su merecida fama los soldados de otros cuerpos, que han sido olvidados con frecuencia, cometiendo una verdadera injusticia. Debe hacerse constar también que los puentes construídos por los zapadores fueron los más sólidos y en los que se cumplió de una manera más estricta la consigna. (Véase la *Memoria rectificativa del libro XIV de la historia del Consulado y el Imperio*, de M. Thiers, escrita por el teniente coronel de ingenieros, retirado, Paulín). Por otra parte, los pontoneros no han tratado nunca de negar los trabajos de sus compañeros; Haillot, oficial del cuerpo que ha relatado estos acontecimientos, se expresa de esta manera: «Los pontoneros y zapadores trabajaron en la construcción de los puentes con un entusiasmo que supera á todo encomio.»

lletes, y además había conservado dos carros de carbón y una fragua de campaña para construir de momento las abrazaderas de hierro que se necesitasen. Al caer de la tarde Oudinot ocupó Stoudianka, y Eblé se halló en disposición de colocar el primer caballete. Los zapadores y los pontoneros, con agua muchas veces hasta el cuello, y luchando contra los témpanos, que un huracán violento arrojaba sobre ellos, trabajaron sin descanso, tomándose apenas el tiempo preciso para



Retirada de Rusia. (Cuadro de Ary Scheffer).

comer un poco de cocido sin sal, toda la noche y todo el día siguiente, hallándose á tiro de fusil de la división rusa de Tchaplitz. Viendo Napoleón, desde la madrugada, que los Rusos trataban de destruir los puentes, dispúsose á sostener un combate desesperado; pero el 26, por la mañana, el ejército de Tchaplitz se declaró en retirada, pues Tchitchagof, engañado por los movimientos del enemigo, le llamó hacia el Sur. «¡Aun luce mi estrella!» exclamó entonces Napoleón. Al cabo de una hora de trabajo se concluyó el primer puente, por el cual pasó inmediatamente á la orilla derecha la división Legrand, seguida por las tropas de Dombrowski y de Oudinot; á las cuatro de la tarde estu-



vo disponible un segundo puente. Oudinot aseguró el camino de Zemblín y rechazó á los cosacos hacia Borisof.

Mientras tanto, Tchitchagof, que deslumbrado aún por la fama de Napoleón había perdido en discusiones todo el día 26, mandó atacar el 27 la población de Borisof por Platow. El general Partouneaux, que sólo contaba con 3.500 hombres, le rechazó, pero se vió luego obligado á capitular ante los 40.000 hombres de Wittgenstein, que secundando los movimientos de Tchitchagof, remontaron el Beresina por ambas orillas.

El paso de los Franceses se efectuaba con lentitud, hundiéndose por segunda vez, á las dos de la mañana, el puente de carros y siendo preciso para repararlo romper el hielo, en medio de la obscuridad, sumergirse en el agua é ir colocando caballetes á seis y siete pies de profundidad. Pero Eblé había comunicado á los demás la energía de su alma heroica: hizo un postrer llamamiento á sus soldados, que tiritando de frío y muertos de hambre habían ya hecho mucho más de lo que podía esperarse del valor y de la resistencia humanas. No se hicieron sordos á su llamamiento, máxime al ver que su propio general les daba ejemplo «entrando varias veces, á pesar de su avanzada edad, en aquella agua helada, que su juventud les permitía apenas soportar.»

Ney y Oudinot logran rechazar en la orilla derecha á Tchitchagof, mientras que en la orilla izquierda Victor, con sólo 6.000 hombres, hizo cara durante todo el día á los 40.000 de Wittgenstein, retrocediendo después para pasar á su vez el río. Los rezagados, que se habían detenido hasta entonces, según se les había dicho, en Stoudianka, se precipitaron á los puentes, aplastándose y cayendo al río grupos enteros de ellos. Los que caían se cogían unos á otros con las uñas y los dientes, sucumbiendo, como era natural, en mayor número las mujeres. Hundióse uno de los puentes, desapareciendo bajo las aguas un gran número de fugitivos. La aglomeración era mucho mayor sobre los otros puentes, pero aun en medio de esta implacable lucha por la vida resaltan, en honor de la humanidad, verdaderos actos de abnegación. Victor pasó con sus fuerzas á las nueve de la noche. El general Eblé esperó hasta las ocho de la mañana del día siguiente para quemar los puentes, muriendo ó quedando prisioneros

todos los que no habían podido pasar antes. El ejército, sin embargo, se había salvado, «y por un verdadero milagro, —dice Thiers,— pues se logró librar, á través de un río casi helado (lo cual constituye uno de los mayores obstáculos), de tres ejércitos que le perseguían. Por esto teníamos el convencimiento de haber obtenido un verdadero triunfo, triunfo que, aunque alcanzado á costa de enormes sacrificios, es uno de los más gloriosos de nuestra historia, pues los 28.000 hombres que combatían, por decirlo así, sobre las aguas de un río contra 72.000, debían haber sido copados por completo.» Los mismos enemigos de Francia no se engañaron respecto á este particular, y José de Maistre decía en 1813: «Nunca se presentó Napoleón tan grande como en la manera de escaparse de la catástrofe de 1812 (1).»

En estos momentos el grande ejército aceleraba su marcha hacia Zemblín, favorecido por la circunstancia de que Tchaplitz se olvidó de destruir los puentes que sirven de camino en aquella llanura pantanosa. El frío era cada vez más intenso, y sin embargo, veíase todas las mañanas al general Drouot afeitarse con la camisa abierta, y á Narbonne, que, conservando su habitual alegría y gracejo, á pesar de su edad y de los desastres del ejército, se hacía rizar y empolvar. Los cosacos molestaban continuamente al ejército, y en cierta ocasión estuvieron á punto de apoderarse de Oudinot. Habiendo llegado Napoleón el 5 de Diciembre á Smorgony, redactó allí el *Boletín* 29.º, que dió á conocer á Francia una parte del desastre, pues ya no era posible ocultarlo por más tiempo. «Los caballos de la caballería, de la artillería y del tren de bagajes morían á millares,» decía en él, sin hablar de las pérdidas del ejército, pero dejando entrever su desorganización, y agregando: «Aquellos á quienes la Naturaleza dotó de condiciones superiores á los demás han conservado la alegría y su carácter, viendo en los nuevos peligros que se les presentaban ocasión para nuevas glorias.» El *Boletín* terminaba con esta frase: «La salud de S. M. el Emperador y Rey nunca ha sido mejor,» frase que se ha señalado mu-

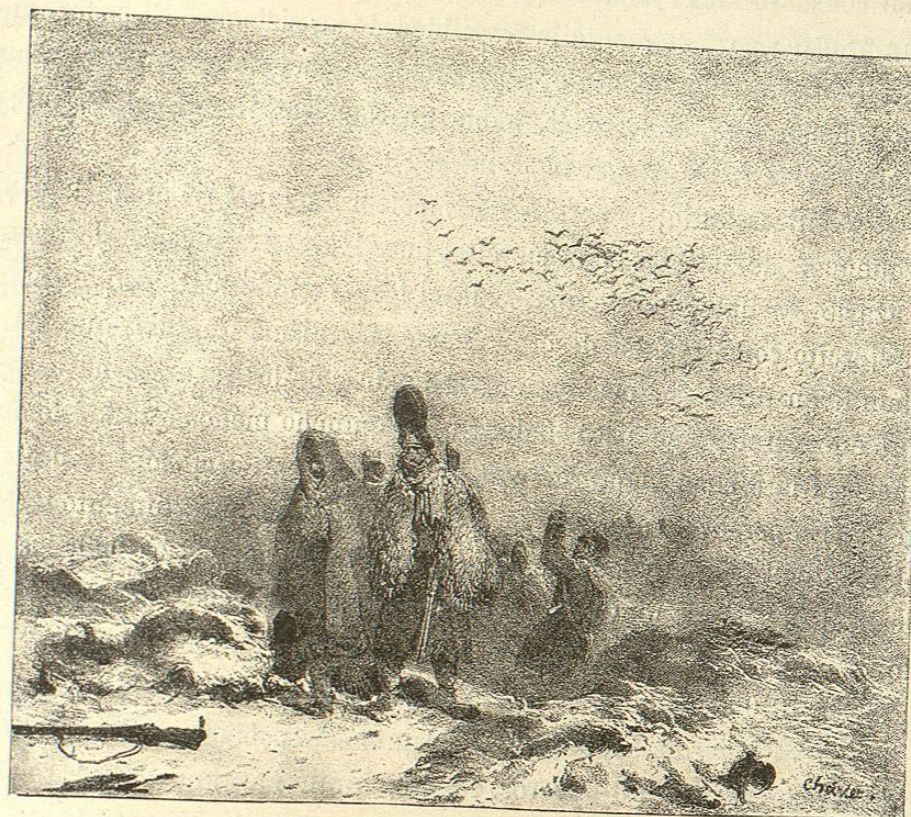
(1) En esta acción del Beresina murió Alfredo de Noailles, joven oficial de gran porvenir, que unía á una respetable austeridad la pasión por las armas, y que puede compararse con el conde de Gisors, muerto como él prematuramente en Crevelt. En el *Adiós*, de Balzac, y en *Racheté*, de Arturo Roe, hay dos magníficas narraciones del paso del Beresina.



chas veces como muestra de un monstruoso egoísmo, pero que, si en realidad es desdichada, iba dirigida principalmente á desanimar á los conspiradores. Napoleón, en efecto, supo en 6 de Noviembre la conspiración del general Malet, que había fiado el éxito de su empresa al falso rumor esparcido sobre la muerte del Emperador. Las noticias recibidas de París, el temor de que Alemania se sublevase al tener noticia de su derrota y le retuviera prisionero, le decidieron, contra la opinión de Daru y del duque de Bassano, á abandonar sus soldados regresando á París; y así, en la noche misma de su llegada á Smorgony, llamó á todos sus generales, les expuso su plan, les colmó de alabanzas por la conducta que habían observado y les dijo, como excusando su temeridad: «Si hubiese nacido rey, si hubiese nacido un Borbón, me hubiera sido muy fácil no errar nunca.» Dióles después consejos para terminar la retirada, les abrazó y despidió, llevándose únicamente á Duroc, Caulaincourt, Lobau, el capitán polaco Wonsowitz y el mameluco Roustán, y dejando el mando á Murat. Partió con el mayor secreto, pues temía caer prisionero tanto de los Alemanes como de los cosacos; en Ochmiana se libró de los Rusos por sólo una hora de diferencia. Llegó á París el día 19 de Diciembre, ó sea dos días después de la publicación del *Boletín* 29.º.

Napoleón tenía gran prisa por regresar á su capital, pues quedó tristemente sorprendido al saber que la conspiración de Malet había estado á punto de triunfar. Juzgó el general Malet que la campaña de Rusia le ofrecía una ocasión sumamente oportuna para realizar el plan que desde hacía mucho tiempo tenía ya preparado; como el Emperador se ausentaba con frecuencia para tomar parte en las campañas que sostenía, convenía aprovecharse de una de estas ausencias para propalar la noticia de su muerte, y valiéndose de la turbación que de momento produciría esta noticia, apoderarse del gobierno. El general Malet era conocido por sus ideas republicanas, á causa de las cuales había sido primeramente postergado, y preso después, logrando escaparse en la noche del 22 de Octubre de la casa de curación en donde se hallaba detenido. Presentóse en el cuartel Popincourt, haciéndose pasar por el general Lamotte, uno de los jefes de la guarnición de París, y pretendiendo probar, con auxilio de unos documentos falsos, redactados por él mismo en su prisión, que Napoleón había muerto en

Moscou el día 7 de Octubre y que el Senado, reunido aquella noche, había proclamado la República. Siguiéronle las tropas y se dirigió á la Force, poniendo en libertad á dos generales que habían sido detenidos hacía algunos meses á causa de sus relaciones con el gobierno inglés, llamados Lahorie y Guidal, contando así con dos cómplices, tanto más decididos cuanto que Lahorie á lo menos desconocía por completo la



Los horrores de la guerra. Copia de un dibujo litográfico de Chariet

superchería de Malet. Frochot, prefecto del Sena, cayó en el lazo, y Savary, ministro de Policía, y el prefecto de policía, no tuvieron noticia del complot hasta que fueron arrestados en su domicilio y enviados á la Conserjería. Afortunadamente, la resistencia que opuso el general Hulín, comandante de la Plaza de París, á quien Malet se vió obligado á disparar un pistoletazo, turbó al conspirador, que fué reconocido y arrestado de nuevo, y aunque era el único culpable, una comisión militar condenó á muerte á catorce desgraciados, de los que doce fueron inmediatamente ejecutados. A pesar de las ideas republi-